

Al abrigo de los Picos

El oriente, territorio de prados a pie de playa y casonas de indianos

Un espacio continuo de sutilezas. La cala de Andrín y el mar bravo de Vidiago. Las mansiones de Colombres. El Cares y el Sella. Cabrales y el Naranjo de Bulnes. Los caballitos asturcones. Llanes y Ribadesella.

JAVIER MONTES

A los no familiarizados con la asturianología —toda una ciencia— les llama la atención la insistencia con los asturianos diferencian el “oriente” del “occidente”. La alegría inicial del encuentro entre dos asturianos acaba a veces teñida de una especie de melancolía inconfesable: “¿Pero de dónde, en Asturias?” “Yo, del oriente”. “Ah, yo del occidente...”. Como si la distancia que los separa fuese la de Boston a California, la de Moscú y Vladivostok. ¿Serán manías? Un poco sí, pero no del todo: aunque Asturias es una tirita de tierra relativamente pequeña, lo cierto es que hasta el recién llegado nota las diferencias entre ambas zonas.

Treinta kilómetros

Esa tirita se hace verdaderamente estrecha —no más de 30 kilómetros de norte a sur— en el límite con Cantabria. Lo marca el río Deva a la altura de Unquera, donde un viejo puente de hierro con un mojón divisorio en el centro proporcione ese cosquilleo que siempre da cruzar pasos fronterizos imaginarios, más cosquilleo, en realidad, cuanto más imaginarios. Es mejor que entrar por la flamante autopista del Cantábrico, que avanza lenta pero segura hacia Galicia por la costa y obliga a vigilar con lupa los planes urbanísticos de los municipios de la zona.

Hasta ahora relativamente intacta, la costa del oriente empieza a ver cómo prospera al calorillo de la nueva autopista la recalificación abusiva, el pelotazo inmobiliario y la urbanización descontrolada que enriquecen a algunos, pero empobrecen el patrimonio natural de la inmensa mayoría.

Una ilusión mediterránea

Del lado asturiano ya, en el concejo de Ribadedeva, la espléndida enseada de la Franca es aperitivo de las playas magníficas —y sí, muy distintas de las del occidente— que se suceden en la costa oriental: arena blanca, prados verdes y acantilados cerrando calas bañadas en una luz muy particular que recuerda a veces al Mediterráneo. La ilusión se desvanece, claro, cuando la primera ola nos encoge el ombligo. Valor: otra frase que se oye mucho por aquí es: “¡al final no está tan fría!”. Y la verdad es que al final no suele estarlo. Andrín, Toró, Barro, Celorio y muchas otras calitas compiten con las dos grandes playas de rancio abolengo veraniego: Llanes y Ribadesella.

Casa y palmera

La capital de Ribadedeva, Colombres, no era más que un pueblín hasta el siglo XIX. Pero de él salieron algunos de los indianos más fabulosamente ricos de Asturias —tan emigrante, no se olvide, como Galicia en su época—. Al volver se construyeron mansiones apabullantes



Al oeste de Llanes se suceden pequeñas calas como ésta de Celorio, donde los prados se asoman al mar.

SANTI BURGOS

GUÍA PRÁCTICA

Dormir

■ **Hotel Marina** (985 86 00 50). Habitación doble, desde 62 euros, con desayuno e IVA incluidos. Gran Vía, 36. Ribadesella. Sobre el puerto, desde 1912.

■ **Villa Rosario** (www.hotelvillarosario.com; 985 86 00 90). Doble, desde 110 euros más 7% de IVA. Sólo alojamiento. Calle de Dionisio Ruizsánchez, 6. Playa de Santa Marina, Ribadesella. En primera línea de playa, en un palacete espectacular.

■ **La Casona del Sella** (985 84 01 71). Habitación doble, desde 62 euros, con desayuno. Plaza de Venancio Pando. Arriendas. Casona india a la orilla del Sella con miradores en las habitaciones.

Comer

■ **Restaurante del Gran Hotel del Sella** (985 86 01 50; www.granhoteldelsella.com). Menú, 23 euros. Especialidad en pescados y mariscos. Ricardo Cangas., 17. Frente a la playa. Ribadesella.



■ **Casa Marcial** (985 84 09 91). Entre 45 y 50 euros, especialidad en *pitu* (pollo) de corral. La Salgar, 10. Arriendas.

■ **El Corral del Indiano** (985 84 10 72). Degustación, 50 euros. Especialidad en pote. Arriendas.

con todo lujo de torretas, pináculos, gabletes y miradores. En *La Regenta*, Clarín se burlaba de su gusto de nuevos ricos, pero con el tiempo han ganado en prestancia y solera. También ha crecido la indispensable palmera de sus jardines, y se ven ejemplares verdaderamente amazónicos. Tan amazónico como su descomunal Archivo de Indianos, que puede y debe visitarse. Está en la quinta Guadalupe, una especie de Tara asturiano que perteneció al marqués de Argüelles. Hizo en México una gran fortuna: a falta de *jet*, una línea privada de tren conectaba sus posesiones americanas. Los indianos no sólo fardaban: construyeron escuelas, fuentes y canalizaciones de agua potable, casinos —el de Llanes no desmerecería en La Habana o la Gran Vía— y ayuntamientos: el de Colombres parece un decorado, cuya fastuosa fachada engalana un estrecho edificio de apenas unos metros de profundidad.

Al fondo, siempre, los Picos de Europa. Desde aquí se puede re-

montar el Cares, atravesar las Peñamelleras —concejos secretos, misteriosos y abruptos— para llegar a Cabrales y escalar el Urriello, ese mítico Naranjo de Bulnes que derrotó al mismísimo conde de Saint-Saud, una especie de Hillary local cuyo diario de viajes por la zona es de lectura obligatoria.

Quienes sigan por la costa no tienen que renunciar a los paisajes románticos —en el sentido más alemán del término— y pueden parar en Vidiago: allí las olas batían con tanta fuerza que han acabado por abrir grietas en los acantilados y resoplan como pequeños géiseres: son los bufones. Y es verdad que la espuma bufa como una condenada. Zorrilla, siempre al quite, dedicó en 1891 al de Vidiago un estupendo poema desmelenado: “Bufa el aire furioso: el mar rebrama, / montañas de agua sobre aire arroja / y rugen con hondísima congoja...”.

Un aire de película

Más allá de la hermosa Llanes queda Ribadesella, también india

La capital de Ribadedeva, Colombres, no era más que un pueblín hasta el siglo XIX. Pero de él salieron algunos de los indianos más ricos. Al volver se construyeron mansiones apabullantes

además de medieval y muy marinera. A finales del siglo XIX, la burguesía ilustrada construyó sus mansiones en la bonita concha de Santa Marina, que guarda un aire sofisticado y dulcemente provincial al tiempo. El hotel Marina se abrió en 1912 y alarga las reminiscencias alemanas: según la leyenda local que nos fascinaba a los niños de la zona, ocultó muchos años a un viejo dirigente de las SS, de incógnito. Vaya usted a saber si era verdad... en todo caso, hotel y ciudad conservan un aire de película de espías de entreguerras.

El río Sella

Aquí desemboca el Sella, eje fluvial de todo el oriente. Se puede remontar —como uno de aquellos salmones que le ponían a Franco en el anzuelo— hasta la villa de Arriendas. Y es buena idea hacerlo en el Feve, ese trencito de vía estrecha y estaciones de juguete que sigue el cauce del río a pie de agua. De Arriendas parte, cada primer sábado de agosto, el Descenso del Sella, y la salida como flechas de los cientos de piraguas es una imagen hermosa y casi futurista. Conserva también buenos ejemplares de arquitectura india y varias estrellas Michelin (el arroz con *pitu*, pollo de corral, de Casa Marcial quita el hipo).

También se puede llegar desde Ribadesella por carreteritas de montaña que dejan en la cuneta palacios de indianos como el fabuloso La Piconera —Los Magníficos Amberson podrían haber vivido allí sin tirar un tabique—; cuevas prehistóricas, como las de Tito Bustillo, y la aldea de Cueves, a la que sólo se puede llegar atravesando un inmenso túnel natural. Son las faldas del Sueve, donde viven los míticos caballitos asturcones y desde cuya cima se ve, de un plumazo, todo el oriente de Asturias, de los Picos de Europa al mar Cantábrico, de Colunga a Llanes y más allá: no está mal para postre.